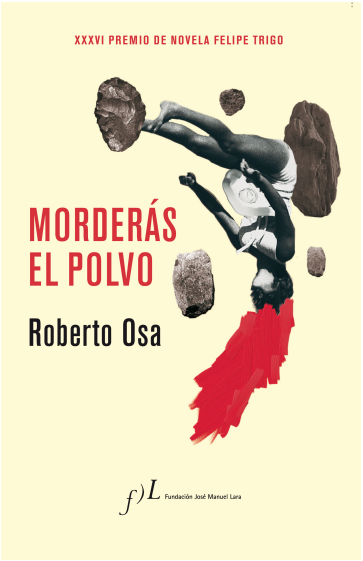
Morderás el polvo
Roberto Osa

Fundación José Manuel Lara

escuela de escritores

Fundación José María Lara, 2017

Premio Felipe Trigo de Novela



Águeda ronda la treintena, está embarazada de ocho meses y vive sola en un piso amueblado con cajas de cartón. En su cara hace años que falta el ojo izquierdo. Tiene un novio casi perfecto y un padre al que no ve hace muchos años. Su vida es bastante monótona: trabaja de noche, duerme poco, habla menos y contiene su rabia como puede. Pero la rutina va a estallar por una llamada telefónica. La mujer decide, y así lo proclama desde la primera frase de la novela, que va a matar a su padre. No esperará a dar a luz ni piensa pedir ayuda, lo va a hacer sola y lo va a hacer ya. La historia transcurre en poco más de un día. Un viaje desesperado de Madrid a La Mancha, de una ciudad con las calles cubiertas por toneladas de basura al paisaje árido y descarnado de la meseta, en busca de un pasado lleno de violencia que culminará con el reencuentro a cara o cruz entre padre e hija. Una geografía absolutamente hostil –casas deshabitadas, lagunas vacías, prostíbulos en horas bajas, cementerios en obras y piedras, muchas piedras– es el escenario de un poderoso relato con tintes de drama rural en el que se citan el tremendismo, cierta estética de western y el fondo intemporal de la tragedia clásica.

El autor: Roberto Osa

Ha sido alumno del Máster de Narrativa de Escuela de Escritores en su IV Promoción.

Roberto Osa trabaja desde hace más de diez años como guionista y realizador de televisión, compaginando su labor audiovisual con colaboraciones escritas en varios medios digitales. Recientemente ha sido seleccionado para el Programa CELA (*Connecting Emerging Literary Artists*), un proyecto de la Unión Europea para dar a conocer a los escritores emergentes.

Morderás el polvo es su primera novela, con la que ganó el XXXVI Premio de Novela Felipe Trigo y quedó finalista del Premio Nadal 2017.

MORDERÁS EL POLVO

Roberto Osa

XXXVI PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Fundación José Manuel Lara

Empecé a darme cuenta de que
la devastación y la catástrofe son
un espectáculo de una belleza exquisita.
Bohumil Hrabal
Una soledad demasiado ruidosa

Otra cosa que me atormentaba mucho
por aquel entonces era que
yo no me parecía a nadie,
ni nadie se parecía a mí.
«Yo soy uno, mientras que ellos son *todos*».
Fiódor M. Dostoievski
Memorias del subsuelo

1

Mataré a mi padre este mismo fin de semana.

No es una decisión que haya tomado de repente, se trata más bien de arreglar algunas cosas que se torcieron cuando yo aún era una niña.

Durante los últimos veinte años apenas nos hemos visto. En todo este tiempo he malvivido en Madrid agarrotada por su recuerdo, vagando por servicios sociales y programas de integración que me llevaban de un empleo a otro hasta que encontré el turno de noche del teléfono de atención al ciudadano, al que ahora vuelvo después de siete días.

Mi padre vive en Pedregal, el pueblo donde yo también me crié, y la verdad es que no he tenido mucha más información suya hasta que esta noche ha sonado el teléfono. En la pantalla parpadeó un número en verde y, al descolgar, sólo una respiración, casi un bufido. Nada más. Sé que es él porque nadie más resopla así, nadie puede hacerme temblar como el Morueco. Acabaré contigo, juro que lo haré. Lo juro por esta barriga con la que cargo desde hace ocho meses, por mi único ojo y por todo el daño que nos hicimos entonces. Lo juro por las montañas de basura que desbordan las aceras de la ciudad, por los contenedores repletos, por todas estas ratas que corren a darse el festín entre las cajas de fruta podrida, por las moscas azules que revolotean entre los cartones de vino y las mierdas de perro. A veces la acera está tan sucia que tengo que abrirme paso a patadas. No me molesta la basura, lo único que me da asco es el tufo a vino tinto. Me recuerda a mi padre.

Cuando llego al trabajo aún quedan diez minutos para las once de la noche, entonces empezará mi jornada. Mientras tanto aprovecho para secarme el sudor con la manga del chándal, especialmente en la zona del párpado; luego recupero el aliento con un pitillo. Fumo frente al cristal opaco que cubre la fachada. Aunque tengo calor, no voy a quitarme la capucha; sé que todos esos bastardos del turno de tarde están a punto de salir y no pienso enseñarles mi párpado vacío. A mi izquierda hay varias cajas de cartón apiladas. Las tanteo por si alguna me pudiera servir para el apartamento, pero están chorreando y huelen a vísceras. Al otro lado, una moto negra y reluciente, no sé cómo han podido aparcarla entre tanta mugre, o tal vez la moto estaba aquí antes que las cajas y que los sacos desparramados, antes incluso que la verdura podrida o el olor a vinagre.

Tras la mampara aparecen las sombras del turno anterior. Siempre me incorporo los viernes, esta noche hace demasiado calor para el mes de mayo, intento concentrarme en el humo que sale de mi boca, tengo que pensar de qué manera voy a cumplir mi juramento, pero una presión en la pierna me distrae; de entre las cajas ha salido un dálmata, lleva algo en el hocico y lo estruja contra mi pierna. Es una paloma.

Se me escapa un grito.

La dueña llama al perro desde la esquina, él aguanta parado frente a mí con la paloma entre los dientes. A la tercera llamada, el perro suelta la presa y va corriendo al encuentro con la mujer.

Yo alejo la paloma de un puntapié y sigo dando caladas al cigarro.

Si te asustas por tan poca cosa, prepárate para tu padre.

Suenan seis pitidos. Código correcto. La puerta se abre y el rebaño empieza a salir. Primero huyen las madres, con

prisa por regresar al nido. A la más gorda se le escapa una risotada entre los carrillos, seguro que la del bigote va contándole alguna mentira. Detrás salen los de mi edad, los *hipsters*, como ellos se hacen llamar, cada uno concentrado en la pantalla de su móvil, sólo desvían la atención un momento para esquivar el cuerpo de la paloma. Sus conversaciones se cruzan en mis oídos, siempre las mismas, yo voy al metro, ¿vienes? Déjalo, me voy andando, que he quedado aquí cerca. El cachitas y la tonta de las medias verdes se acercan a la moto esperando que me aparte para subir con más comodidad. No lo haré. Los oigo murmurar, déjala, pobre amargada. Suben a la moto y los reproches se pierden con el rugido del arranque, el humo del tubo de escape me calienta la pierna derecha, hace que la tela del chándal me acaricie los tobillos. El colombiano me saluda levantando las cejas cuando sabe que nadie lo ve y continúa calle abajo. Todos se mueven a mi alrededor dándome la espalda, sacan sus cigarros, charlan, ¿tienes fuego?, se preguntan los unos a los otros. Yo tengo mucho fuego. Seguid, seguid enseñándome vuestra espalda, cruzad con la cabeza gacha, no miréis a la tuerta, que da mala suerte, ya os mira ella a vosotros, aunque para mí tampoco sois nada: la gorda, el cachitas, los *hipsters*, la tonta de las medias verdes, el colombiano. Nada.

Ernesto –así le llaman los demás– sale el último, con su pelo blanco y la panza oprimiéndole los botones de la camisa. No puedo evitar acordarme de ti, padre. Muchas veces fantaseo con cómo serás después de tantos años, y aunque me esfuerzo en imaginarte, sólo te veo como eras entonces, cuando despellejábamos conejos en el corral; un puñetazo tuyo entre las orejas del bicho hacía crujir el cráneo como si fuera una nuez, luego un hilo de sangre formaba un charco en la tierra. Yo sujetaba las patas traseras mientras tú hacías cortes con el cuchillo sobre la piel del conejo y rápidamente

lo desnudabas a fuerza de tirar del pellejo como si fuera un jersey.

Cuando levanto la vista, los del turno de tarde se han dispersado, veo la coronilla de Ernesto alejarse entre los montículos de basura.

Estoy sola en la calle. Son las once de la noche.

El sótano está en penumbra, hay un único punto de luz en la mesa donde Tariq y yo nos sentamos, justo al lado de la escalera que sube al *hall* de la entrada, los demás escritorios permanecen toda la noche a oscuras. La sala es rectangular, al fondo están el baño y el despacho de Silvia. Cuando llego a mi puesto, él ya está atendiendo una llamada. Lo primero que hago es descalzarme, fuera zapatillas y calcetines. Tariq me mira sonriente, teclea con los dedos morenos y dicta por el micrófono de los auriculares el horario de alguna oficina municipal. Viene sin afeitar, como siempre que nos incorporamos después de unos días de descanso. Lanzo la talega junto al teclado y me dejo caer en la silla que hay junto a Tariq. Los dos nos sentamos de frente a la oscuridad, dando la espalda a la escalera que sube al recibidor; él siempre a mi derecha, así yo puedo verlo y él fantaseará con que tengo dos ojos.

Pasamos muchas horas bajo tierra. En este lugar no hay ventanas, es como trabajar dentro de un nicho. Lo llamamos el ataúd.

Marco mi código en el teclado del terminal y entra la primera llamada, le atiende Águeda Pacheco, ¿en qué puedo ayudarle? Por supuesto, un momento, por favor. Sí, mire, la boca de metro más próxima es Antón Martín, puede consultar la programación de este mes en la página web. A usted por su llamada. Los pitidos de nuestros terminales se superponen, casi se entrelazan, pasamos un par de horas

atendiendo llamadas; Tariq explica cómo ir al zoo, es muy fácil, señora, puede ir en metro con la línea cinco o la diez y bajarse en Casa de Campo, o bien en autobús desde Príncipe Pío, el treinta y tres le deja en la puerta. Encantado de atenderla, buenas noches. Después de tantos años, podemos recitar la mayoría de los datos de memoria. A veces, mientras escucho las quejas de algún pesado, siento un montón de uñas escarbando en mi barriga y me entran náuseas. En ese momento, dejo caer mi cabeza en el respaldo de la silla y miro al techo, un techo que no es sino el suelo de una ciudad llena de mugre por la que cuesta caminar. Me quedo escuchando al idiota que ha elegido la noche para hacer sus trámites, quizá no tiene otro momento, pero me da igual lo que me diga, sólo quiero que se calle antes de que yo vomite, por eso aprovecho una pequeña pausa en su discurso para soltarlo de carrerilla: debe rellenar el formulario, presentar el DNI, certificado de empadronamiento, permiso de circulación y abonar la tasa, de lunes a viernes de nueve a dos en la junta de distrito, buenas noches.

Y cuelgo.

Me arranco el auricular y lo tiro contra la mesa.

Necesito moverme, las náuseas y el dolor de los tobillos van aumentando según transcurre cada minuto de estas noches que paso aquí enterrada con Tariq. Pero me quedo quieta, con el bulto de mi panza entre las manos y mirando la madera podrida de las vigas del techo. Hace unos meses, cuando el ERE, decidieron pintarlas de azul: echar a ochenta personas y pintar las vigas, los zócalos y las esquinas de azul cobalto, y las paredes de un amarillo tan rancio que casi es mejor no verlo, quedarse a oscuras, como hacemos los vampiros. Así nos llama Silvia a los de horario nocturno. Silvia es la… ¿Cómo decirlo? Si ella se presentara diría que es la coordinadora, pero sólo es un tapón con ojos de mapa-

che, la responsable de haber fulminado a todos esos parias que ya no trabajan aquí. Yo me libré por poco, y ahora ella no sabe qué inventarse para deshacerse de la tuerta. En el turno de noche ya sólo quedamos cuatro: Tariq y yo trabajamos siete días seguidos y libramos otros siete, en los que nos sustituyen dos chicas a las que nunca vemos. Hace semanas Tariq escuchó el rumor de que van a quitar el turno de noche y desde entonces no me deja tranquila: el bebé, Águeda, qué hacemos con el bebé si nos quedamos en paro. Y yo no suelo contestar. La gente grita en las calles, quieren aceras limpias y que alguien les dé un empleo. Yo tengo trabajo. Debería sentirme agraciada por que un aspirante a técnico de museo se haya fijado en esta cosa que soy, y tendría que luchar por lo que llevo en el vientre. Pero todo eso me da igual. En mi cabeza está mi padre.

Tariq saca esa tortilla de patata de la que se siente tan orgulloso. Se la come en el *tupper* cortándola en trozos muy pequeños, como si fuera para un niño. A veces me ofrece el tenedor con un pedazo de tortilla en la punta, pero yo siempre lo rechazo, y él siempre se lo lleva a la boca con una sonrisa y continúa masticando y leyendo sus apuntes de museología. Cuando se cansa del silencio, empieza a hablar de todas esas cosas que sus padres han comprado para el bebé y de las ganas que tienen de regresar a Madrid para conocerme. Están intrigados por cómo será la madre de su nieto, dice Tariq; mejor que no lo sepan, le digo yo a él, y entonces se le ponen los ojos que casi le chocan contra los cristales de las gafas y no para de rascarse la barba y dice que no me valoro, que soy muy guapa con mi pelo ardiente y mi tez blanquita, aunque lo cierto es que es más bien amarillenta. ¿Y el ojo, Tariq? ¿Qué me dices del ojo? Y él arruga la nariz y se toca las gafas, me dice que no empiece con eso otra vez, que me quiera un poco más.